Una gran amistad

■ ■ J.R.M. Ávila*

Llegas temprano a la casa de Astolfo y te presentas ante su viuda: “Me llamo Julio. Espero no importunar”. Ella aprieta tu mano mientras esboza una sonrisa, como si te conociera de toda la vida. “Pase, Julio. Los amigos de Astolfo siempre serán bienvenidos”. Agradeces, pero no acabas de entender por qué tanta calidez.

“Siéntese por favor. ¿Gusta un café, un refresco, agua?”. Te sientas en un sillón verde mientras aceptas el agua. La mujer se retira a la cocina y regresa con un vaso transparente. Lo recibes y lo colocas en la mesita de centro. “Vengo por lo del homenaje. Me gustaría echar un vistazo a su biblioteca”. “Claro que sí, pase a verla. Incluso si gusta llevarse algo, hágalo y, cuando termine de leerlo, me lo regresa”.

¿Por qué tanta confianza? No te lo explicas. La viuda parece notar tu asombro porque dice: “Astolfo hablaba mucho de usted, de sus reuniones, de su correspondencia desde España. He estado hojeando sus diarios y lo menciona mucho”. No entiendes. ¿Cuándo has estado en España? Tomas un trago de agua, como para ganar tiempo.

“¿Gusta pasar?”, se pone de pie y te conduce a la biblioteca, que es enorme. No se sabe dónde empieza ni dónde termina, si en la puerta o al fondo, en el techo o en el piso. Un desorden total, columnas de libros que se tambalean al paso, algunos con hojas ajadas y a punto de desintegrarse, no pocos que conservan su envoltura plástica. Se te ocurre que no han respirado desde antes de su compra.

“En ese apartado se encuentran sus diarios. Lo dejo solo para que vea todo con tranquilidad. Disponga

del tiempo que guste”. Agradeces y ella sale. Observas los diarios. Son demasiados. No hay temas, sólo fechas. Pero no tienes manera de saber dónde se encuentra lo importante.

Hablaba mucho de usted, resuenan las palabras de la mujer. ¿A qué se refiere? ¿Qué tanto hablaría de ti? ¿Qué diría de ti si apenas se conocían? Lo más cerca que estuviste de él fue en Chihuahua, en 1983. Buscas los diarios de ese año y encuentras tres. Abres el de noviembre. Hay un apunte que dice: “Congreso de Historia en Chihuahua. Ya por la noche, Julio y Carlos salieron a ver qué pescaban. Yo me quedé leyendo en el cuarto del hotel. No llegaron y me dormí. Al día siguiente, mientras almorzaba en el restaurante del hotel se me acercó una mesera: ‘¿Quisiera hablar con usted? ¿No le quito tiempo?’. ‘No, dígame’. Contó que Julio y Carlos habían ido con ella y una compañera a un hotel y que ya estando ahí, uno de ellos no pudo. Por más que su compañera le buscó el modo, nada de nada”.

Al margen, en color rojo, una nota dice: “El caso es que nunca supe de quién hablaba la mesera, si de Julio o de Carlos. Yo, por caballerosidad, no les pregunté ni hice comentario alguno. Siempre me quedé con la duda. Y veo a los hijos de Julio y se parecen a él. Y veo a los hijos de Carlos y es como si viera a Carlos niño o joven. Total, que nunca supe ni sabré”.

Sientes el estómago revuelto. *La mujer era la más fea de Chihuahua. Y no iba a sentir lo mismo que con mi esposa*, piensas. Si algo hay que agradecerle a Astolfo es su discreción. Amigos, lo que se dice amigos, nunca fueron, pero no cabe duda de que se portó como un caballero, tienes que reconocérselo.

“¿Todo bien? ¿Le ofrezco un cafecito?”. Agradeces y rechazas el ofrecimiento. “¿Cuánto hace que estudió en España?”. Te le quedas viendo intrigado. “Astolfo me habló de que se carteaban en ese tiempo”. España. ¿Por qué España? La que ha ido varias veces es Casandra, tu esposa. No lo dices por cautela, casi

* Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Pérdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

por instinto. “A propósito, ¿dónde encuentro la correspondencia?”.

La viuda camina por el pasillo de en medio y se detiene al fondo, en la pared menos iluminada. “Aquí”. Le sonrías agradecido. Ella se retira para que revises con libertad.

Cientos de sobres bien acomodados yacen en tres cajas. Las de la primera están fechadas entre 1954 y 1974, casi todas de familiares, recibidas desde Linares, lugar de origen de Astolfo. Sólo hay algunas de los amigos de Sabinas. En las cajas segunda y tercera se encuentran las que recibió desde muchos lugares, durante el tiempo en que estudiaban Historia en la universidad y después ya que se carteaba a muchos puntos de México. Un tiempo comprendido entre 1967 y 1978. Después hay un lapso de correspondencia escasa, desde 1979 hasta tres años antes de su muerte.

Por supuesto, ninguna carta hay enviada desde España y mucho menos tuya. Te burlas de ti mismo. ¿Cómo vas a encontrar cartas que jamás le enviaste a Astolfo? En todo caso tendrías las que él te hubiera enviado. No te queda más que sonreír.

“Mi esposa es la que estudió en España”, dices en voz baja, como si a destiempo respondieras a la pregunta que ha hecho la viuda de Astolfo. “¿Cómo se llama su esposa?”, dice a tus espaldas. Sientes como si te sorprendiera en delito. “Casandra. Se llama Casandra”. “Él nunca la mencionó. Por cierto, yo me llamo Olivia”. “Mucho gusto, Olivia”. “A las esposas nadie nos menciona”, dice y calla arrepentida de su indiscreción.

“¿Ya decidió si trabajará aquí o si gusta llevarse algunos documentos para hacer la semblanza de Astolfo?”. “Me gustaría llevarme los últimos veinte diarios, si no es molestia”. “Ninguna. A Astolfo le habría gustado que un buen amigo los leyera, sobre todo para escribir sobre su vida”. “Se los regreso en dos semanas. ¿Le parece bien?”. Ella acepta. Recoges los diarios, que apenas caben en el portafolios. Te despides.

Sabes que si empiezas la lectura no vas a detenerte. Por eso la pospones para el día siguiente. Tampoco el día siguiente puedes trabajar. Los pendientes te lo impiden. El tercer día no hay trabas. No es fácil descifrar su letra menuda y enredada.

Pero a medida que avanzas, te familiarizas con ella y lees de corrido. Se trata de anotaciones simples. Reuniones en la facultad, cuestiones de trabajo en la escuela en que enseñaba historia. Opiniones enredadas y tediosas sobre política. Anotaciones que parecen cifradas. Monótono todo y sin trascendencia.

Pero no te rindes. Mientras más pronto leas, más pronto regresarás los diarios y escribirás la semblanza. Casi a punto de fastidiarte, encuentras tu nombre. “Recibí carta de Julio. Dice que llegó bien a Madrid y que luego me contará los detalles”. Está fechada en junio de 1984. No entiendes, por más que releas la anotación. Pasas páginas y te topas con comentarios sobre correspondencia tuya que le llegó semana tras semana. No hay error. Tu nombre aparece con frecuencia.

Casandra te encuentra revisando el tercer diario. Se besan y pregunta en seguida: “¿Qué es eso?”. “Los diarios de Astolfo”. Ella entra al dormitorio y regresa vestida con ropa más cómoda. “Es para la semblanza”. “Ah”. “Debías hacerla tú, que lo conociste más”. “Pero el historiador y compañero de generación eras tú”.

Continúas leyendo y no te detienes más que en las anotaciones en que tu nombre se menciona. Ahora ya no habla de cartas desde España, sino de que se ha reunido contigo. “¿Cenamos?”. Dejas a un lado los diarios y te lavas las manos. “¿Encontraste algo interesante?”. “No, es un diario personal. ¿Qué puede encontrar uno en un diario personal? Lo que me intriga es que mencione mi nombre y diga que le envié cartas desde España o que a veces nos reunimos en tal o cual lugar”.

“¿En serio?”, dice ella sonriendo. “No te extrañe. Nunca se le quitó lo bromista. Así fue desde que lo conocí”. “Pero dice mi nombre con todas las letras”. “Tal vez se trate de alguien más, de alguien que ni siquiera tiene las mismas iniciales tuyas, de alguien a quien no haya querido mencionar. Digamos que se trate de algo secreto”. “¿Tú crees?”. “Claro”, dice ella divertida.

Haces memoria de la correspondencia que viste en la biblioteca de Astolfo. No había cartas de 1984. ¿A qué se refería con que recibía cartas tuyas en ese año? ¿De quién más podrían ser? ¿A quién conoces que haya estudiado en España, además de Casandra? Por más que buscas a nadie

recuerdas. Repasas los diarios de 1985 y 1986. No vuelve a mencionar tu nombre. Pero reapareces en el de 1987. Habla de reuniones contigo, bastante frecuentes.

“¿Qué estaba haciendo yo en 1987?”, lo dices en voz alta y al escucharte contesta Casandra: “Estudiabas el doctorado en Guadalajara”. Cierro. Te pones de pie y buscas tus propios diarios. Las fechas de tus viajes anotadas en el diario de 1987 coinciden con las de supuestas reuniones contigo anotadas en el diario de Astolfo.

Te quedas pensativo. ¿Qué piensas? ¿Qué te mantiene como ido de este mundo? ¿Dónde te encuentras en este instante? Por tu frente escurre un sudor frío. Quisieras equivocarte, pero resultan muy evidentes las coincidencias. Te sobrepones poco a poco. Tomas aire y preguntas: “¿En qué año estudiaste en España?”. Casandra contesta con naturalidad: “En 1984. ¿Por qué?”. Te le quedas viendo serio. Ella te sostiene la mirada.

“¿Qué hiciste con las cartas que Astolfo te escribió?”. “¿A qué cartas te refieres?”. “A las que te mandó cuando estabas en España”. “No te entiendo”. “Claro que me entiendes. ¿Qué hiciste con ellas?”. “Eso pasó hace muchos años”. “¿Qué hiciste con ellas?”. “Las quemé”. “Cuando hablaba de reuniones conmigo se refería a ti”. Ella cierra los ojos y afirma con la cabeza.

Tomas los diarios, los acomodas en el portafolios y sales de la casa. Con mucho agradecimiento los regresas a la viuda de Astolfo. ¿Qué hacer? Hablar mal de un difunto que se ha convertido en casi un mito no vale la pena. No vas hablar mal de él como desquite. De Casandra no queda más que un mal dibujo de lo que fue en plenitud. Tampoco vale la pena desquitarte con ella.

El día del homenaje, empiezas tu ponencia con estas palabras: “Astolfo y yo nunca fuimos grandes amigos...”. Te detienes. ¿Serás capaz de echar a perder la fiesta? El público deja de respirar. Cuando notas el silencio unánime, prosigues: “En realidad, Astolfo y yo empezamos una gran amistad a partir de su muerte”.